

Bolsa de valores

(Navarra Hoy)

Pasen y vean, señoras y señores, vengan a contemplar lo nunca visto, el mismísimo acabóse. ¿Quién se acuerda ya de la mujer barbuda, el perro de cuatro rabos, el triple salto mortal sin red? Admírense ahora ante el último grito del espectáculo, la más reciente maravilla de este festival universal del circo: ¡*el banquero moralista* ! Y no se me arremolinen ni se empujen, que hay sitio para todos y ahora se lo cuento.

Los profetas ya habíamos vaticinado que, tras tanto tiempo de cotizarse a la baja, vendría el día en que los valores subiesen muchos enteros. Lo que no supusimos fue una recuperación tan espectacular como registra el actual movimiento bursátil. Alguien parece haber tocado a rebato y en la bolsa de valores el personal se desprende con urgencia de las acciones de Corrupción S.L. para comprar todo lo que salga de Ética S.A.. Primero fueron los políticos: mientras el llamado jefe de la oposición conduce la precampaña bajo el lema de la pureza de su partido, el presidente del Gobierno jura y perjura sobre la virginidad del suyo. Pero, al olor del negocio, pronto acudieron los banqueros.

Cuando un banquero anuncia la implantación de un código ético para su banco, no es que es algo vaya mal en sus particulares finanzas; es, sencillamente, que todo en la sociedad entera marcha cabeza abajo. No se fíen, que lo que a primera vista parece un sometimiento de la actividad bancaria al imperio de la ética resulta exactamente lo contrario. Ya no es la ética la que juzga la licitud de los negocios, sino el mundo de los negocios el que dicta las normas morales y se atreve a juzgar a la ética misma. Si resultaba difícil acomodar los objetivos y métodos de la empresa a la ética, los objetivos y métodos de la ética se acompañan a los de la empresa. La llamada ética de la empresa viene a ser simplemente la incorporación de la ética como un departamento más de la empresa, junto a los de pedidos y de ventas. La ética de la banca será, entonces, una

ética confeccionada a imagen y semejanza del banco, una ética a la altura de las necesidades bancarias.

Ha llegado el momento, pues, de traficar con lo que hasta ahora quedaba expresamente excluido del comercio, con lo único capaz de regularlo. Para eliminar el único testigo molesto, ¿por qué no hacer *marketing* con la ética? La banca siempre ha gozado de amplias tragaderas y lo mismo se presta a custodiar celosamente el dinero negro que a extender immaculados cheques morales a todo portador solvente. Ya se ve que, de Aristóteles para acá, hemos avanzado mucho en esta materia. Aquél veía en la *Crematística* la corrupción de la Economía, que era una parte de la filosofía práctica formada por la *Etica* y la *Política*. Hoy, en cambio, la *Etica* y la *Política* constituyen meros apartados secundarios de una Economía cuya culminación auténtica es la *Crematística*.

Pero daría lo mismo decir que estamos ante una versión secular del afamado milagro de la transustanciación. Un milagro por el que la banca, sin dejar de ser banca, se vuelve una institución ética; un prodigio por el que el valor dinerario, sin dejar de serlo, se convierte en el valor moral por excelencia. Bien mirado, tampoco es tan extraordinario. Si el dinero puede comprarlo todo, no se ve por qué un banco no había de adquirir para su disfrute la ética que mejor le acomode. Si es el medio de cambio de todas las cosas, también será la potencia de transformar todo, como el vicio en virtud y la virtud en vicio. Si es el conciliador universal de los contrarios, el hermanador de todos los imposibles, el dinero puede unir en santo matrimonio a la Economía con la *Etica*. Reconfortado por esa posesión inmarcitable, parecerá que el banquero se dispone a servir a dos señores cuando en realidad se aviene con todos: al entregarse a la ley del dinero, se limita a rendir culto al único señor que domina sobre los demás.

Se diría que estamos, en suma, ante aquella transvaloración de los valores que Nietzsche tan sólo postuló y que hoy en día el señor Ibarra se afana en poner en práctica a su manera. Pero que nadie se haga cruces ante la súbita conversión del prohombre.

Como el filósofo ya advirtió que "la moral del mercader no es más que una moral de pirata, pero más discreta", nuestro banquero ha tomado por moral una simple operación de maquillaje. *A la ética por la cosmética*: ése es el lema. Nada podría cuadrar mejor a la cosmética que ser entendida como la ética del cosmos. Hace ya tiempo que el reiterado consejo maquiavélico de aprender el valor de las apariencias como el supremo valor ya no es, ni mucho menos, de uso exclusivo del príncipe.

Así que el código bancario será un manual de buenas maneras, un breviario de estilo para directivos y empleados. Según ese decálogo, los nuevos valores que han de reinar en la Banca se llaman honorabilidad y profesionalidad. Claro que haría falta saber en qué se hace consistir lo honorable, pues también los miembros de la Cosa Nostra se conocen entre sí como "hombres de honor". Y para honrar la profesionalidad como una virtud, antes sería preciso hacer buena la profesión en que se ejerce; pues sabido es que los negocios más sucios y hasta criminales están en manos de virtuosos profesionales, que no por ello se vuelven precisamente hombres virtuosos. El sentido profesional hoy equivale a eliminar sin el menor escrúpulo todo otro sentido ajeno a las exigencias del trabajo en que se aplica, pero algunos todavía la confunden con "la santificación del trabajo ordinario". Honorabilidad y profesionalidad, sin mayores distingos, lejos de ser hoy valores sustantivos y universalizables, tan sólo son actitudes profundamente sospechosas. En pocas palabras, la rimbombante ética bancaria tendrá que ser la quintaesencia de la ética propia de las relaciones sociales presentes: el disfraz de los vicios reales bajo virtudes aparentes, la hipocresía y el disimulo como la máxima virtud. Una ética de la imagen, una caricatura de la ética.

Vivimos tiempos en que a la Etica le pasa lo mismo que a la Filosofía: que, cuanto más están en boca de todos, más se las desconoce y más se las desprecia. Degradado el lenguaje también a instrumento del mercado, aquéllas son mercancías cuyo tráfico supuestamente dignifica a quien las invoca. La apelación a la ética viene a ser el homenaje que el vicio satisfecho rinde a la virtud en que no cree. Lo que le importa al banquero, por ejemplo, no es el valor moral de la Economía, sino el valor

económico de la Moral. El reportaje *La moda ética*, publicado hace unos días en este periódico, era su insuperable confirmación. Allí el director general de ENDESA, tras declarar que las conductas poco éticas (*sic*) tienen consecuencias nefastas para las empresas, *incluso más allá de su estricta repercusión económica*, añadía con una candidez contradictoria: "La imagen de la empresa se deteriora, tanto interna como externamente, y se pueden originar recelos en accionistas, clientes, bancos, proveedores, etc. Igualmente pensamos que, sin duda, se generará una cierta desconfianza en los propios gestores, así como costes adicionales por investigaciones, auditorías y demandas judiciales en su caso, con las consiguientes tensiones internas y desmotivación...". No se podía decir mejor lo que ya sabemos. Que la Economía, ciencia ascética y predicadora del ahorro, tiene que ver en la Etica ante todo un medio para el incremento de beneficios y la disminución de costos.

Como es natural, estos celosos guardianes de la moral empresarial y bancaria no abordan un solo problema de ética. Tocan, eso sí, problemas políticos y demuestran el innegable predominio del poder privado sobre el público. Las altas empresas establecen un código para conductas (desprecio de sus subalternos, pago indebido de comisiones, soborno de funcionarios, atentados medioambientales...) que el Estado no reprime en sus códigos jurídicos. De igual modo, y puesto que los ciudadanos no somos quiénes para poner coto a la banca, que sea la banca misma la que se recete su propia medicina. Lo que debían ser delitos ya contenidos en el código penal (discriminación en los créditos, comisiones abusivas, cláusulas fraudulentas, tráfico de información privilegiada, etc.) son condenados como vicios personales por la banca en su particular código moral. A falta de una legislación positiva, la banca se erige en legisladora de las conciencias.

Pero de las relaciones entre la economía y la moral, de eso los expertos en ética bancaria no dicen ni palabra. Como no fuera a ser que obrar según las leyes económicas obligara a suspender las morales (y viceversa), el truco consiste en sustituir la moral bancaria por la moral del banquero. Y así se viene a suponer que la Banca es una

institución y las financieras unas actividades que, como tales, constituyen algo de por sí bueno o al menos indiferente. Si en ellas se diera alguna corrupción, habrá que achacarla a causas ajenas a la esencia de la Banca misma; verbigracia, a las flaquezas humanas de sus directivos y altos empleados. Vigilemos, pues, el *ethos* personal del banquero, pero manténgase sin cambios el *ethos* social bancario. Fuera de eso, la ética nada tiene que decir de la compraventa de dinero, de la lógica del capital a interés. La usura, el secreto, la desconfianza, el desprecio y la explotación de las necesidades más acuciantes..., que constituyen las piedras angulares del negocio bancario, caen fuera de la competencia de la ética. A esto, a proclamar su autonegación e impertinencia, se reduce la enseñanza entera de la ética bancaria.

No resulta costoso adivinar su último fundamento. Descartado el amor al prójimo (por muy fieles creyentes que sean los señores consejeros), ¿será entonces la vida buena y la felicidad del conjunto?. Se diría que la banca está más bien por la buena vida y el bienestar de unos pocos. ¿Acaso se regirá por el imperativo categórico?. Es improbable que los que nos debemos a la banca podamos desear que la máxima de su acción se convierta en ley universal de las relaciones sociales. ¿Tal vez su último apoyo estribe en los sentimientos de simpatía y compasión? Nada más alejado de ella que la probabilidad de ser conmovida por los sufrimientos de quienes más requieren sus servicios. Si no son los principios (salvo los financieros) los que animan su comportamiento, ¿serán entonces sus consecuencias?. Digamos más bien que es el éxito en la cuenta de resultados. ¿Y la voluntad de establecer una comunidad de diálogo que regulara su actuación? Pero ya me dirán qué quedaría de la banca si se rompiera el sacrosanto secreto bancario. No. La banca sólo puede descansar, como es lógico, en la moral del *más puro interés* ... compuesto.

Que, ante semejante pretensión moralizante del magnate, no se hayan estremecido los cimientos mismos de sus templos financieros, que no haya estallado la gran carcajada universal..., es un triste indicio del abotargamiento moral colectivo. Un banquero sólo se atrevería a invocar a la ética en tiempos de penuria y desarme moral

como los nuestros, en tiempos de oscuridad. Todos hemos contribuído a esta miseria. Siempre quedaba bien en la cháchara cotidiana aquello de "es perfectamente legítimo que cada cual...", aunque los hechos de ese cada cual fueran radicalmente asociales. Lo contrario era exponerse al riesgo de pasar por moralista, es decir, por comisario o inquisidor de las conductas ajenas. Los mismos profesores de ética estábamos muy entretenidos con el ascenso académico, las pendencias departamentales o las disquisiciones del gremio sobre el último Habermas. Entretanto toda la recua de pedagogos, embebidos en la vacuidad de su diseño curricular y nonadas parecidas, lograban arrinconar todo lo que sonara a pensamiento en los nuevos planes de Bachillerato. Hace ya tiempo que ni el *qué* ni el *para qué*, sino simplemente el *para cuántos* y el *cómo*, fueran el objeto de debate sobre la educación. En suma, y salvo muy honrosas excepciones, hemos dejado que sean los obispos en exclusiva (y los presentadores de televisión, naturalmente) los que impartan doctrina en estas materias.

Pero aquí quedamos aguardando la labor de los expertos morales al servicio del banco. Si el código ético que elaboren pretende tener validez universal, tendrá que pasar la prueba de la publicidad. Al fin y al cabo, todos formamos hoy parte de su plantilla, nadie escapa de ser -directa o indirectamente- sus clientes. Que junto al próximo estado de cuentas nos pasen, pues, su decálogo. Que llegue sobre todo a los profesores de Etica, con vistas a incluirlo en nuestro programa o, al menos, entre la bibliografía recomendable. Así que, aunque vivamos del crédito bancario, no hay por qué conceder tan alto crédito a la banca. Si queremos ser buenos, claro está.

Pero pasen, pasen y vean lo nunca visto.